

¿Qué hora dices que es?

Preguntaba la anciana cuyos cuerpos de Lewy comenzaban a deteriorarse a pasos agigantados. Últimamente se sentía cada vez más aturdida.

Apenas discernía si era de día o de noche. La bruma había invadido los alrededores de su humilde casa y era verdaderamente difícil para el ojo humano saber qué hora era sin la ayuda de un cronógrafo.

El cambio de hora no facilitaba nada la orientación temporal y su enfermedad le impedía recordar qué relojes había atrasado ayer. Apenas le importaba, pues las horas corrían lentamente y la vida se le estaba escapando a cada suspiro.

Ella encontraba curioso que el tiempo, que tanto corría en el pasado, se hubiera ralentizado en el presente. Ahora veía a los relojes tediosos y monótonos.

¿Qué hora dices que es? Le preguntaba la tierna anciana a su nieto, sin ser capaz de reconocerle.